

CAPÍTULO III

LA GRAN NOTICIA

Suspensos estaban los amigos del banquero y el banquero mismo ante el nuevo personaje que saboreaba con plácida sonrisa la satisfacción del interés que en aquel momento inspiraba; y por el ademán y por el silencio parecía dispuesto á prolongar la expectación, redoblando la curiosidad de los que se hallaban presentes.

— Sepamos de qué se trata — dijo al fin Valle-alegre.

— ¡Oh! — contestó. — Se trata de un suceso extraordinario.

— Por ejemplo — añadió el ex ministro, — imagínense ustedes que el gabinete ha perdido la confianza de la Corona súbitamente, y que ha tenido que pensar seriamente en presentar su dimisión; en su virtud ha caído el ministerio.

— ¡Calle! — exclamó el agente de Bolsa. — Ahora recuerdo; anoche á última hora corrían rumores de crisis, de que nos hablaba *La Política*.

— Yo — se apresuró á decir el dos veces ex ministro — me he mantenido en prudente reserva, porque veía venir un ministerio de fusión.

— Aún no se ha perdido todo — dijo el brigadier; — y si la Corona se empeña en inspirarse en unas cortes en que no hay mayoría, nos veremos las caras, porque eso no tiene pies ni cabeza. — ¡Ah! No se atreverá á prescindir de nosotros.

— Señores — exclamó el nuevo personaje, — he dicho que se trata de un suceso extraordinario; y bien, ¿qué hay de extraordinario en la caída de un ministerio? ¿Acaso no es el acontecimiento más vulgar que pudiera ocurrir? No se trata de eso.

— Vamos — dijo el brigadier, — hay trabajos hechos para apelar á la fuerza en caso necesario, y es posible que se hayan adelantado los más impacientes ó los más comprometidos. ¿Se trata de alguna insurrección militar?

— ¡Bah! — contestó con amable desdén. — Están ustedes en Babia. Las insurrecciones militares son el pan de cada día; se acuesta uno con una y amanece con otra. Ríanse ustedes de los periódicos, de los parlamentos y de los gobiernos. «¿Qué dicen los dioses?» preguntaban los paganos del bajo imperio. «¿Qué dicen los fusiles?» debemos preguntar nosotros. Puen bien: ¿creen ustedes que un hombre como yo vendría á sorprenderlos con la noticia fresca de la milésima insurrección militar?... Sería curioso que cuatro sargentos, ó cuatro coroneles, ó cuatro generales, resueltos á cobrar el barato en el juego ordenado de las instituciones, pudieran causar en nosotros sensación ninguna. Semejante asunto no merece la pena...

El agente de Bolsa lo interrumpió poniéndole la mano en el hombro y preguntándole:

— ¿Es positivo?

— Positivo.

— Marqués, ¿puede creerse?

— Puede usted creerlo como si lo viera.

— Lo tenía previsto y no me coge desprevenido. Señores, recibo la enhorabuena: me entiendo con el Banco de París, juego á la baja y voy á cobrar al fin de mis enormes diferencias. Estamos en plena bancarrota. ¿No es esto?

El marqués soltó la carcajada, mientras Valle-alegre encogiéndose de hombros decía:

— He ahí una cosa increíble, porque la bancarrota sería una solución, y no hay quien se atreva á plantearla.

— ¿Quién habla de bancarrota? — exclamó el marqués.
— Y ¿qué género de interés tendría que el gobierno dijera: «Señores, no tengo con que pagar», cuando hace tiempo que no paga?.. Además, es un medio indirecto de acabar con las clases pasivas, que al fin apelarán al recurso de morirse de hambre. La bancarrota entra en el orden de los acontecimientos insignificantes.

Conforme iba desechando asuntos, la gran noticia iba adquiriendo mayores proporciones á los ojos de los circunstantes. Ya se ve, no era la caída del ministerio, ni una nueva sedición militar, ni la misma bancarrota. ¿Qué podía ser?

Entre los que se hallaban presentes, el Sr. Verjel había sido intendente en la Habana, y no había perdido la esperanza de volver á serlo, porque conservaba hacia la hermosa Antilla cierta afición administrativa.

De repente se dió una palmada en la rodilla, exclamando:

— Ya sé de qué se trata. Por lo visto es ya negocio hecho la venta de Cuba.

— No sé — dijo el ex ministro — la prisa que los Estados Unidos tendrán para adquirirla; mas debe ser mucha, si pretenden comprarla.

— Lo mismo me da — dijo el hombre de la noticia. — Nuestra ó ajena, perdida por la insurrección ó negociada como un *pagaré*, siempre será la isla de Cuba la que nos surta de excelente azúcar, de exquisito café y de soberbios tabacos. Es indudable que la Jamaica no nos pertenece ni nos ha pertenecido nunca; y sin embargo, bebemos el ron sobresaliente que allí se fabrica. Mas no nos anticipemos á los sucesos. No es la vida tan larga para que nos apresuremos á vivir en lo futuro, pudiendo disponer de lo presente. Por otra parte, hay motivos suficientes para creer

que la venta de Cuba no sería una noticia capaz de causarnos admiración ó sorpresa. No se trata, pues, de semejante cosa.

Hasta entonces el más hablador de todos había permanecido mudo, siguiendo los varios accidentes de este acertijo impenetrable; mas al fin le tocó su vez al filósofo de casino, y, más discreto que los otros, trató de herir el amor propio del noticiero para que soltara cuanto antes la noticia.

— Señores — dijo, — ó estamos bajo el imperio triunfante de la *Commune*, ó el marqués ha encontrado, por supuesto á peso de oro, algún barril auténtico de exquisitas ostras de Ostende.

— ¡La *Commune!*.., ¡la *Commune!*.. — exclamó el marqués. — Ciertamente sería una terrible noticia el triunfo de la Internacional... hace diez años; pero hoy no pasaría de ser el acontecimiento más natural y más lógico del mundo. Es preciso haber perdido completamente el olfato para no oler á petróleo por todas partes. Por lo que hace á las ostras de Ostende, se sirven con frecuencia en mi mesa, y no son, por consiguiente, en ella un acontecimiento extraordinario.

Valle-alegre dijo:

— Por singular y estupenda que sea la noticia que usted nos trae, temo mucho que después de tantas averiguaciones inútiles no corresponda al estado de ansiedad en que ha puesto usted los ánimos, y nos encontremos con el *ridiculus mus* del parto de los montes.

— Sostengo — replicó — que mi noticia pertenece al orden de las increíbles; si ustedes, no se maravillan al oirla, será por despecho de no haberla acertado. Sepan ustedes, pues, que la señora de Góngora abre sus salones. He ahí la gran noticia.

El aire de triunfo con que el marqués pronunció estas últimas palabras estaba plenamente justificado, porque la

más sincera y espontánea sorpresa se pintó en todos los semblantes. Ciertamente no era el suceso por sí mismo digno de tan unánime admiración, mas el lector sospechará que debían acompañarle circunstancias particulares para que esta colección de hombres importantes no vacilara en sorprenderse ante la noticia.

— Es original — dijo el ex ministro. — Esa hermosa criatura parecía resuelta á vivir en la obscuridad, cosa inexplicable dadas sus riquezas, su juventud y su hermosura; ¿qué significa esta vuelta repentina al gran mundo?

— Significa — contestó el banquero — que las mujeres se cansan hasta de la felicidad. Por lo que se ve, la dicha que goza desde su casamiento, encerrada en el hogar doméstico, empieza á serle insoportable. La luna de miel ha sido larga, pero he aquí que ha concluido.

Aquí el publicista de café soltó la tarabilla, y dijo:

— Señores, confieso que al pronto la noticia es sorprendente, porque habíamos perdido la esperanza de que esa perla volviera á salir de su concha; pero ustedes saben que siempre fué un espíritu novelesco. Cuando se encontraba en Madrid en el apogeo de su gloria, desaparece de la noche á la mañana y resulta en París. Al mes, nos traen los periódicos la noticia de que el Sr. de Miramar había fallecido, dos días después de haber bajado al sepulcro su amable esposa. Aún teníamos las lágrimas en los ojos por esta doble pérdida, cuando vino á dejarnos con la boca abierta la noticia de que la opulenta huérfana había tomado el hábito de hermana de la Caridad; el mundo se hizo cruces, perdieron toda esperanza los aspirantes á su mano, y no se volvió á hablar más del asunto. Mas á los dos años, vuelve á correr de boca en boca y de salón en salón el nombre de la señorita de Miramar. — ¿Qué le sucede?.. — ¡Friolera!.. Que se ha casado. — ¡Casado!.. ¡Con quién!.. — Con Góngora. — ¿Y quién es Góngora?.. — Phs... Góngora... Un caba-

llero particular, algo raro, algo místico..., un *paül*. — ¡Diablo! Ha hecho un magnífico negocio. El gran mundo espera la aparición del astro eclipsado, sus antiguos adoradores se disponen á hacerle la corte; todos ellos arden en deseos de venganza, y cada cual se adjudica el triunfo, compade-



En cuyo vidrio aparece la faz sonrosada del niño

ciendo de antemano al pobre marido, porque ha tenido la envidiable fortuna de lograr la mano de la rica heredera. Llega el momento, y la señorita de Miramar se instala en Madrid; pero, ¡oh contratiempo!, viene de luto, porque ha perdido á su suegra, y lo que es más, trae en sus brazos un niño de dos años, blanco y rubio como un ángel, como un ángel de Rubens. Es preciso esperar que pasen esta pena y esta alegría. Entre tanto se habla de ella en todos los salones, y se conviene generalmente en que el luto le

cae muy bien y en que el ser madre da nuevo realce á su hermosura. Pasa el luto; pero la señorita de Miramar permanece retraída, busca los paseos solitarios, casi se oculta en el fondo de su coche, en cuyo vidrio aparece la faz sonrosada del niño, que sonríe á cuantos le miran; en los teatros se la espera inútilmente, recibe en su casa á muy pocas personas, y contesta á todas las visitas con tarjetas. Su antigua amiga la baronesa, que es capaz de meterse por el ojo de una aguja, logra al fin penetrar en el santuario, y hace esfuerzos inútiles para que vuelva á ser la reina de la moda; pero Margarita se excusa con tan amables razones, que la baronesa desiste, y declara á la faz del gran mundo que la señora de Góngora está loca con su hijo, que el amor de madre le ha hecho perder el seso y que no hay que contar con ella. Y aquí tienen ustedes á cincuenta conquistadores, más ó menos bizarros, detenidos por un niño de cuatro años que les cierra el paso. Me parece que esta es la historia.

— Esta es — añadió el marqués; — la sabe usted de la cruz á la fecha.

— Pues bien — prosiguió diciendo; — al pronto la noticia causa efecto; pero luego que se piensa un poco, se ve que es la cosa más natural del mundo. Una mujer acostumbrada á brillar se cansa á los seis años de vivir obscurecida, y como el sol, rasga de repente las nubes que la ocultan y se presenta.

— De esa manera superficial — replicó el marqués, — todo se explica en el mundo.

— Entonces — añadió el brigadier, — ¿cuál es la causa de tan inesperado suceso?

— No sé — contestó el marqués encogiéndose de hombros; — pero la señorita de Miramar, puesto que así la llaman ustedes todavía, está perdidamente enamorada de su marido, quiere á su hijo con todo su corazón de madre; le son

indiferentes, más aún, insoportables todas las glorias y las vanidades del mundo, y, sin embargo, de la noche á la mañana concibe la idea de abrir espléndidamente sus salones; esto no se concibe.

— Poco á poco — dijo el ex ministro; — en todo eso puede ocultarse una intriga política: Góngora ha adquirido una gran reputación en el Foro; á título de que no quiere defender más que causas justas, se ha hecho el abogado de los pobres, y tan loco como Don Quijote, anda por los tribunales amparando á los desvalidos. Mientras de esta manera se capta la admiración de las clases bajas, ella abre nuevamente sus salones para atraerse la influencia del gran mundo.

— ¿Y qué pretende con eso? — preguntó el agente de Bolsa.

— ¡Oh! — exclamó el intendente de Cuba. — Querrá ser ministro.

— Eso no tiene sentido común — dijo el brigadier. — Góngora es neo-católico. Más bien prepara alguna conspiración contra lo existente: él conquista popularidad por abajo; pues bien, ella conquistará generales por arriba. Por de pronto, ya tiene á su devoción al coronel Montero, que bufa como un toro contra sus antiguos amigos y nos pone á todos de vuelta y media.

— Señores — advirtió el agente de Bolsa, — me parece que están ustedes tocando el violón. Yo no soy hombre político, soy pura y simplemente hombre de negocios; pero no se necesita ser un Meternich para ver con toda claridad que la dinastía tiene bastante con sus amigos para no hacer muchas Navidades. Si dijeran ustedes que se trataba de alguna empresa financiera, de alguna operación en grande, me parecería más verosímil.

El hombre que había llevado la gran noticia, y á quien hemos oído llamar marqués varias veces en el curso de

este capítulo, paseó la mirada por los circunstantes, diciéndoles:

— Difiero completamente de todas las suposiciones que se han hecho. Ustedes no ven en el mundo más que política ó dinero, conspiraciones ó negocios, cosas que vienen á ser lo mismo. Yo tengo mis pretensiones literarias, y entreveo en este asunto un drama de familia.

— Ó una comedia — añadió el banquero.

— Lo mismo da. Los teatros están insoportables; no se representan más que sandeces sin interés, sin novedad, sin gracia. Hay, pues, una comedia ó un drama, digámoslo así, en ensayo; va á levantarse el telón, tenemos asientos de preferencia y á lo menos habrá de qué hablar durante algunos días.

— ¿Quién será el preferido? — preguntó Valle-alegre.

— Cualquiera — contestó el filósofo del casino.

— Ninguno — replicó el marqués.

— Es posible — añadió el ex ministro. — pero no es probable.

— Plaza sitiada, plaza tomada — dijo el brigadier.

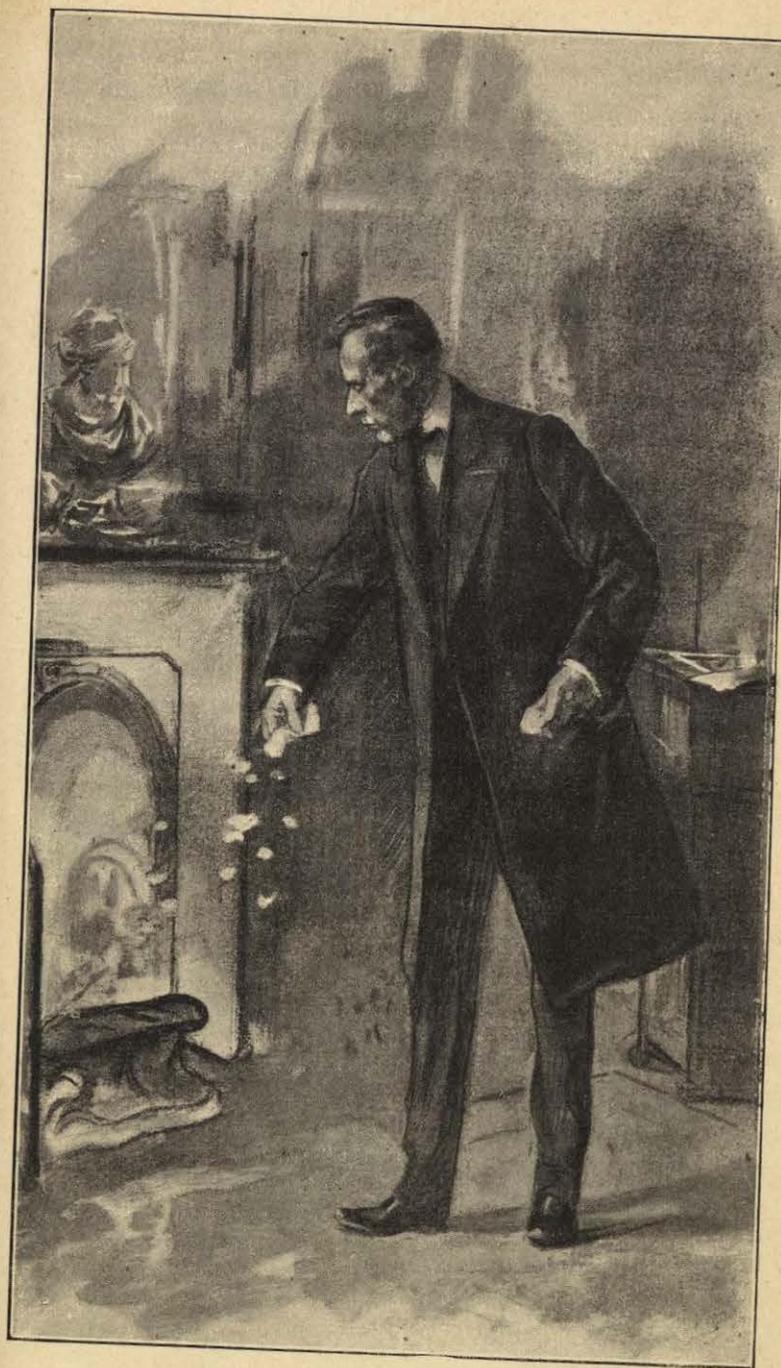
Miróle el marqués atentamente, y tomando su sombrero, que se hallaba sobre un elegante velador de porcelana, se inclinó diciendo:

— Distingo, señores; si nuestro arrogante brigadier toma cartas en el asunto, no respondo de la virtud de la señora de Góngora.

Y sin esperar respuesta, salió de la estancia, mientras el banquero decía:

— Este hombre es original; hoy le ha dado por la virtud..., él, que no cree más que en el placer.

Pronunciadas estas palabras, se entró en su escritorio, dejando á sus cortesanos que discurrieran en la antecámara qué especie de drama de familia se ocultaba en la casa, hasta entonces inaccesible, de los señores de Góngora. Al



RASGÓ LA CARTA Y LA ARROJÓ Á LA CHIMENEA

acercarse á la mesa vió una carta, la abrió apresuradamente y leyó en ella estas cuatro palabras:

«Góngora se encarga de la parte contraria.»

— ¡Diablo! — exclamó. — Esto es serio. ¡Ese abogado de pobres se atreve á luchar conmigo!.. No temo perder el pleito, porque el dinero siempre tiene razón; pero es muy capaz de dar un escándalo, y eso no me conviene. Dicen que es incorruptible, y lo que yo creo es que será caro... Mas... la señora de Góngora abre sus salones... ¡Magnífico!.. Si no hay otro recurso, pondremos al brigadier en campaña; y conquistada la mujer, será nuestro el marido. ¡Vaya! El marqués nos ha traído, en efecto, una gran noticia.

Diciendo esto, rasgó la carta que tenía en las manos y la arrojó á la chimenea.